Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2006)
Heft: 8

Artikel: El Quijote : cuerpo y alteridad
Autor: Hernández Sacristán, Carlos
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-1047390

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 13.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

El Quijote: cuerpo y alteridad

Carlos Hernández Sacristán *Universitat de València*

Voy a referirme a una perspectiva tal vez anómala sobre la «trascendencia» del Quijote y de sus personajes. El trascender del que aquí hablaré no nos lleva más allá, nos lleva más acá, a la presencia inmediata de un cuerpo. El cuerpo propio es el dominio más próximo en el que se manifiesta para un yo su alteridad: su ser un otro, y con ello esa apertura infinita, de la que nos habla Levinas (1971), a la experiencia de sí mismo. Algo parecido cabe decir del cuerpo ajeno cuando sobre el mismo transponemos la experiencia propia. También en este dominio de la corporalidad se expresa la locura del Quijote, y no sólo en el laberinto de las percepciones y las ideas. Hablaré de una acción narrativa que se resuelve en un particular escenario ambiguo, el que Winnicott (1953, 1971) llamaba espacio transicional. En este espacio, sujeto y corporalidad propia conviven, sin reducirse entre sí, en perenne y obligado diálogo nunca resuelto. El cuerpo y su tratamiento dotan al Quijote de su verdadero «espesor» humano. Creo y espero poder hacer compartir esta intuición, por otra parte en nada sorprendente: la calidez humana del personaje y la relación de empatía que con él puede mantener el lector, pasan de manera casi obligada por esta presencia del cuerpo del Quijote en su imaginación. Ya en el criterio selectivo con el que Cervantes salvaba de la quema al Tirant aparece de alguna manera expresado este supuesto, cuando por boca del cura se afirma (I-VI)[1]:

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 8 (otoño 2006).

[1] Citamos aquí, y en lo que sigue, por la edición de Florencio Sevilla, Madrid, Alianza, 2004.

> Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen.

Bénédicte Torres (2002) ha realizado el estudio más completo, que yo conozca hasta el momento, de cómo el cuerpo y la gestualidad se encuentran presentes en el texto cervantino. Debemos de todas formas recordar que ya Fernando Poyatos (1994) había ofrecido un muestrario notable de pasajes del Quijote con los que ilustraba aspectos de la comunicación no verbal en novela y teatro, dentro de su particular antropología literaria. Torres (2002:20) presenta su obra señalando:

> Los ademanes crean una dinámica en toda la obra donde narrar significa ante todo enseñar. La influencia de las técnicas de los juglares y cuentistas es notable, así Cervantes invita al lector a un espectáculo.

Y seguidamente sobre estos ademanes se pregunta:

> ...¿no serán uno de los indicios de la locura del héroe? ¿No serán uno de los lenguajes por el cual se expresa la parodia?

Las palabras que siguen van dirigidas a señalar no sólo el interés de un aspecto, el de la «exterioridad» del personaje, sino a tratar de entender cómo esta proyección contribuye a la «trascendencia» del Quijote, lo que sólo en apariencia puede resultar paradójico. A este efecto, la condición de espectador para el lector de la obra no resultará suficiente.

* * * * *

El tema de la corporalidad en el Quijote nos recuerda, de manera inevitable, el rosario de encontronazos físicos en los que se ve envuelto el personaje, sean o no buscados intencionalmente. Nabokov (1987) llega a hablar de crueldad en el texto, emitiendo un juicio a todas luces poco sopesado: la supuesta crueldad en el Quijote, o no es tal, o se supedita a la expresión de un sentido que no se agota, ni por asomo, en lo que se entiende por conducta o actitud crueles. El episodio sufriente es, si se nos permite la redundancia, eso sólo: episódico, sin consecuencias morales -ni

aparentemente tampoco físicas- en la prosecución del relato. Pero lo episódico no se confunde aquí, por supuesto, con lo arbitrario desde el punto de vista narrativo, sino con una manifestación singular, aunque no exclusiva, de la presencia de lo corporal a la que el autor reiteradamente nos devuelve. El varapalo, ante todo, nos habla de esa opacidad recalcitrante del cuerpo y, nuevamente, del «espesor» del personaje a los ojos del lector.

Mi primera lectura del Quijote, en la adolescencia, fue acompañada de las ilustraciones de Gustave Doré. He vuelto a realizar varias veces una lectura completa del texto, y en numerosas ocasiones lecturas parciales. He releído comúnmente el texto sin ilustraciones, pero debo decir que las imágenes de Doré me han acompañado siempre, como asociadas de manera indeleble al texto cervantino. Han sido evocadas incluso cuando pretendía no hacerlo, sorprendiéndome aquí de mis propias capacidades de memoria visual –que no considero en general tan buenas. Ciertamente, las ilustraciones no precedieron al texto, sino que fueron, hasta cierto punto, generadas o sugeridas por él, pero esta relación natural de precedencia no vale ya para mí. Imagino que ésta no deja de ser una experiencia comúnmente compartida. No pretendo decir que la necesidad de una imagen física del personaje sea algo excepcional para una obra literaria (el capitán Ahab nos reclama con urgencia una imagen antes de que Moby Dick se ilustre o se lleve al cine). En cualquier caso, para el Quijote esta presencia de la imagen nos parece – si no excepcional-, sí obligada para su interpretación. La serie interminable de imágenes del Quijote, desde las que aparecen en sus primeras versiones ilustradas, puede ser una buena prueba de ello. El cuerpo del Quijote, más allá de la gestualidad narrada de manera explícita, se transforma en un espacio experiencial e interpretativo inagotable. Remito a la excelente presentación que de esta actividad figurativa e interpretativa nos ofrecen Alvar et alii, (2004).

Debe añadirse aquí algo más. Esta presencia de lo corporal no se reduce a lo que entendemos convencionalmente por imagen visual, sino que llega a ser también imagen auditiva: me refiero a la reconstrucción lectora de la voz y la gestualidad fónica del personaje o los personajes. En los prolongados y omnipresentes diálogos de Don Quijote y Sancho el lector se acabará sorprendiendo en actitud y actividad real de mímesis de una gestualidad fónica diferenciada de estos personajes. Se trata de una gestualidad fónica que imaginamos. Bien es cierto que el narrador describe circunstancialmente esta cualidad de la voz, como ha observado

Poyatos (1994), pero tampoco es esto algo requerido. Bastan los indicios, e incluso donde no los hay, una imagen de la voz parece algo tan necesario como la propia imagen visual. Cabe decir, en definitiva, que el lector está llamado a interpretar el texto en el sentido más material de este término o, si se quiere, también especialmente en este sentido.

* * * * *

En el conocido ensayo «Stream of Thought» nos propone William James una singular aproximación a esa fantasmal realidad que constituye el significado de las palabras. Este significado sería no una suerte de realidad mental pura –como estamos acostumbrados a entenderla-, sino una particular sensación o afección. La actividad interpretativa perdería de esta manera «trascendencia» en el sentido noético del término y es remitida al plano psicosomático, a ese espacio transicional donde conviven el sujeto y su corporalidad. Ese espacio define la matriz originaria del lenguaje, y a ella regresamos para revestir al concepto de toda su potencialidad, para dotar de verdadero sentido al uso de los símbolos. De esta manera, no hay concepto que podamos sentir realmente vivo sin imagen corporal asociada, no hay virtud sin esfuerzo físico, aun cuando este último pueda entenderse tan solo como imaginario, e incluso ridículo, o se encuentre tan idealizado como la virtud misma. En el retiro de Sierra Morena (I-XXV/XXVI) don Quijote construye su particular locura de enamorado anticipándola o fundamentándola en la pura locura o sinsentido del gesto y la corporalidad, y avisando a Sancho (I-XXV):

> Ahí esta el punto –respondió don Quijote- y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?

Interpretar su estado llega a ser, pues, para el mismo don Quijote un «trascenderlo» sobre la corporalidad propia. Vacila entre imitar la melancolía de Amadís o la furia de Orlando. Tanto en un caso como en el otro, la locura del Quijote se proyecta y resuelve en un espacio psicosomático, aunque, sin duda, la lectura melancólica acaba siendo dominante a lo largo del texto, como bien ha mostrado García Gibert (1997). Esta pauta interpretativa basada en la «exterioridad» que el Quijote realiza sobre su propio

estado mental, acaba siendo también obligada para el lector. Y si esto ocasionalmente se olvida, el texto se encarga de recordarlo de variadas formas. En el capítulo VII de la segunda parte, el ama y el bachiller Sansón Carrasco entablan este significativo y bien conocido intercambio:

> -¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?
> -No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale; ¡sálese sin duda!
> -Y ¿por dónde se sale, señora? –pregunta Sansón- ¿Hásele roto alguna parte de su cuepo?
> -No se sale –respondió ella-, sino por la puerta de su locura.

He aquí una anfibología no resuelta, una ambigüedad que siempre de alguna manera nos acompaña. La locura es apertura a la infinitud de las ideas o los valores, pero al mismo tiempo apertura por donde se desborda también, sin límites, la corporalidad. Cada varapalo, cada encontronazo –y no pretenderemos aquí enumerarlos- nos sirve para recordar esta particular vía que lleva del concepto a la corporalidad. El efecto puede ser de lo risible, o de lo irónico, pero nos devuelve en cualquier caso el personaje a la espesa carga de lo humano, a ese cuerpo que soporta por un lado y da salida por otro al laberinto de las ideas.

* * * * *

Esta construcción imaginaria del cuerpo que se reclama del lector, la encontramos en la propia visión imaginaria que don Quijote tiene del cuerpo de Dulcinea o, para ser más exactos, del sentido, aunque ciertamente tópico, que impregna esa corporalidad, y que constituye el verdadero motor de su esfuerzo, a la vez físico y moral. La segunda embajada que Sancho deberá realizar a Dulcinea se ve precedida por indicaciones de don Quijote en las que se ofrece de manera resumida un verdadero tratado de comunicación no verbal o kinésica avant la lettre (II-X):

> Anda, hijo –replicó don Quijote-, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo

mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en el interior del alma pasa.

La infinitud en esa labor de recreación imaginaria del cuerpo la expresa don Quijote, célibe y virgen, tras una descripción de Dulcinea hecha –según anotación de Florencio Sevilla- bajo el consabido tópico de la joven hermosa (*descriptio puellae*), añadiendo lo que la edición de Lisboa expurga (I-XIII).

...y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

Este encarecer infinito del cuerpo, este encarecer al que abandonan las palabras, no deja de ser común en otros muchos pasajes del Quijote.

* * * * *

Pero digamos algo también sobre los encuentros o desencuentros entre los cuerpos de don Quijote y Sancho. De nuevo, la proximidad o empatía entre los personajes viene a ser un trasunto de la proximidad o empatía que se reclaman del lector. Una comunión de los cuerpos complementa una comunión del sentido. En los siguientes términos insta don Quijote a Sancho a compartir mesa con los cabreros (I-XI):

Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas de mi plato y bebas por donde yo

bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que toda las cosas iguala.

Ciertamente, poco más adelante, esta comunión rebasa con una suerte de bautizo o acción inaugural los límites debidos al decoro en el contacto físico. En el capítulo XVIII de la primera parte se nos cuenta el episodio en que don Quijote confunde con ejércitos dos rebaños de ovejas. Aquí también don Quijote y Sancho se igualan, aunque no precisamente por la fuerza del amor:

> Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se la había dado a conocer.
>
> (...)
>
> Llegó Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y, al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.
>
> -¡Santa María! –dijo Sancho-¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda, este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.
>
> Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas.

Nos ahorraremos aquí citar otros pasajes de dimensión escatológica. Nos ahorraremos hablar de Rocinante y el asno, cuyos cuerpos no son soportes ni expansiones despreciables del cuerpo de sus dueños. Resultan, por el contrario, imprescindibles también para el sentido del relato. Diremos sí que el continuo conversar de caballero y escudero se revela un modo de contacto corporal, tal vez el más sutil. En algún momento somete don Quijote a Sancho a una privación de este discurso, pues como dice (I-XX) «en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo». El cumplimiento de esta consigna hubiera supuesto la inviabilidad del texto imaginado por Cervantes. Pero esta imposibilidad narratológica se hace corresponder magistralmente con la imposibilidad material, el envenenamiento del cuerpo, que supone para Sancho el mantener la boca cerrada. Y así, nos dice (I-XXI):

-Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? Que, después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se mal lograse

-Dila –dijo don Quijote- y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

Y más adelante (I-XXV)

...Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la práctica, por no contravenir a lo que le tenía mandado; más, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

-Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver a mi casa, y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades, de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida.

Valga, para acabar, un apunte sobre la dimensión cuasi mística de esta comunión corporal, que –como comentario a un conocido tópico- se propone por boca de don Quijote (II-II)

-Quiero decir –dijo don Quijote- que, cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y, por esta razón, el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

-Así había de ser –dijo Sancho-, pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y, pues los miembros están obligados a dolerse del mal de cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.

-¿Querrás tú decir Sancho –respondió don Quijote-, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses; pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo.

De esta unión espiritual de los cuerpos llega a derivarse esa consecuencia, sin duda material, por la cual el desencantamiento de Dulcinea se obraría en los tres mil azotes que Sancho graciosamente había de propinarse, motivo por cierto de un enfrentamiento físico directo entre don Quijote y Sancho (II-LX).

* * * * *

Sobran ya más comentarios. Concluyo pues: leer el Quijote es –de manera ejemplar-, y rebasando la simple condición de espectadores, hacer nuestra una corporalidad imaginada.

REFERENCIAS:

-Alvar, Carlos.; Lucía Megías, Jose Manuel; Partzsch, Henriette.; Pérez Sánchez, Alfonso E.; Sánchez Moltó, M. Vicente (2004): La *imagen del Quijote en el mundo*, Barcelona, Lunwerg Editores.

-García Gibert, Javier (1997): *Cervantes y la melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.

-James, William (1983 (1884)): *Essays in Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.

-Levinas, Emmanuel (1977 (1971)): *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme.

-Nabokov, Vladimir (1987) *El Quijote*, Barcelona, Ediciones B.

-Poyatos, Fernando (1994): *La comunicación no verbal III. Nuevas perspectivas en novela y teatro y en su traducción*, Madrid, Istmo.

-Torres, Bénédicte (2002): *Cuerpo y gesto en «El Quijote» de Cervantes*, Alcalá de Henares (Madrid), Centro de Estudios Cervantinos.

-Winnicott, Donald W. (1953): «Transitional objects and transitional phenomena. A study of the First 'not-me' Possession», *International Journal of Psycho-Analysis 34.*

-Winnicott, Donald W. (1971): *Playing and Reality*, London, Tavistock Publications.